

El presente - Filipenses 4:1-23

El verso dice algo así: “Vernos allá con santos amados, eso será la gloria; vernos acá con santos conocidos ¡es otra historia!”. Una cosa es recrearnos en las glorias que tocarán cuando Jesucristo sea manifestado, otra cosa es seguir con las luchas personales de cada día. Porque la vida sigue su curso. Tenemos que avanzar tratando con personas de carne y hueso que atraviesan el ruedo de nuestra experiencia cotidiana.

Pablo ha escrito su carta a los filipenses para agradecerles la ofrenda que han enviado y decirles que Epafrodito se ha recuperado de su enfermedad, pero también para exhortarles a vivir en unidad. El problema en Filipos es diferente al de otras iglesias del Nuevo Testamento: no necesitan tanto una exposición detallada del significado del evangelio (Romanos), como tampoco están inquietos por desórdenes en la congregación (Corintios). No han abandonado el evangelio para seguir a maestros judaizantes (Gálatas) o prestar atención a filosofías gnósticas (Colosenses). No están tristes por la muerte de sus familiares en el Señor (Tesalonicenses). No se trata de una guía para pastores jóvenes (Timoteo, Tito), como tampoco es cuestión de pedir un favor concreto (Filemón). El problema de la iglesia de Filipos son los desacuerdos, las tensiones. Necesitan recuperar el mismo espíritu que los había unido en los primeros días de la predicación del evangelio en su ciudad.

Parte de la enseñanza del apóstol ha tenido que ver con la segunda venida de Cristo. Habla varias veces del “*día de Cristo*”, como gran estímulo para el comportamiento de los hermanos. El hecho futuro influye en la vida presente. Es algo que se aprecia en el mismo Señor. En el aposento alto, sabiendo que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre, que había salido de Dios y a Dios volvía, Jesús se levanta de la cena, se ciñe y lava los pies de los discípulos (**Jn 13:1-5**). La visión eterna de las cosas libera a Jesús para dedicarse al más humilde servicio. Algo parecido se refleja en lo que ha dicho a los discípulos en otro momento:

(Lc 12:32-34) *“No temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino. Vended lo que poseéis, y dad limosna; haceos bolsas que no se envejezcan, tesoro en los cielos que no se agote, donde ladrón no llega, ni polilla destruye. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón.”*

La visión del reino de Dios en el futuro inspira el alma para servir en el presente. Es lo que ocurre después de la transfiguración de Jesús en el monte. Después de fortalecer a los suyos con la visión de su gloria, Cristo los lleva otra vez abajo al valle para seguir atendiendo a las necesidades de personas reales (**Mt 17:1-21**).

Pablo expone un tema parecido a los corintios. Después de anunciar la transformación que será la suerte de la última generación de creyentes - un paso a la gloria en un abrir y cerrar de ojos - el apóstol termina diciendo “*Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano*” (**1 Co 15:58**). La esperanza de glorificación futura se traduce en renovadas energías para predicar el evangelio en el presente.

La vida sigue. Hay que seguir tratando con personas reales. Por ese motivo Pablo termina la carta resumiendo cuatro prioridades que han de dar forma a la convivencia entre los hermanos, teniendo en cuenta la gloria que les espera en la manifestación futura de Jesucristo.

Buscar la paz (Fil 4:1-5)

El apóstol vuelve a un tema que ha repetido muchas veces: mantenerse firmes en el Señor y gozarse en el Señor (**Fil 4:1,4**). La idea es volver a Cristo, llenar la mente y el corazón de Cristo, mirarle a Cristo a través de su Palabra, llegar a decir *“para mí el vivir es Cristo”*. Si esto ocurre, el afán principal de los hermanos será conocer a Cristo más y más, dejarse cambiar a la imagen de Cristo, y ser usados por Cristo para tocar la vida de otros para bendición. Esto es el punto de partida para que vuelva la paz a la congregación. Pablo no escatima adjetivos para comunicarles el profundo afecto que siente: *“hermanos míos”, “amados y deseados”, “gozo y corona mía”, “amados”*. Podemos influir para cambiar a otro creyente para mejor, si partimos de esta doble realidad: hay algo poderoso en ti y algo valioso en el otro. Siempre hay algún tesoro dentro del otro, si es del Señor: es criatura nueva, tiene al Espíritu de Dios, es hijo del mismo Padre. Pablo recuerda cómo Evodia y Síntique lucharon a su lado en los inicios de la obra en Filipos: *“éstas que combatieron juntamente conmigo en el evangelio”*. Recuerda a los otros colaboradores también, cuya vida y testimonio confirman que han nacido de nuevo verdaderamente: *“cuyos nombres están en el libro de la vida”*. Pablo no empieza dando hachazos sino transmitiendo ánimo.

Luego si Cristo llena el corazón, él producirá cierto tipo de carácter. Pablo dice *“vuestra gentileza sea conocida de todos los hombres” (Fil 4:5)*. La palabra *“epeikes”* se traduce en varios lugares como clemencia, equidad, ternura, amabilidad. Recuerda el Sermón del Monte, donde Jesús afirma que los bienaventurados son los mansos y los pacificadores. Se refiere a una persona equilibrada, apacible, que no se enfada fácilmente, que pasa por alto la ofensa. Es la sabiduría de lo alto, que Santiago caracteriza como *“primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin incertidumbre ni hipocresía” (Stg 3:17)*. De modo que no se trata de una persona que todo lo consienta, ni a que todo le parezca bien, sino de una que - teniendo criterios - es capaz de dominar su espíritu y mantener la perspectiva adecuada.

Cuando una persona anda enfadada, disgustada, o amargada, ese malestar interior se exterioriza en roces con otros. Pablo, como buen pastor que es, sabe que si los filipenses quieren vivir en paz los unos con los otros, necesitarán la paz de Dios en su corazón. Si te centras en Cristo, Jesús será un bálsamo. Dará el consuelo que mana de la certeza de que él se ocupará de tus necesidades y pondrá soluciones a tus problemas. Luego él obrará en tu interior para forjar el carácter pacífico que a él le caracterizaba en todo su ministerio terrenal.

(Pr 15:18) *“El hombre iracundo promueve contiendas; mas el que tarda en airarse apacigua la rencilla.”*

(Col 3:12-15) *“Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia; soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviere queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros. Y sobre todas estas cosas vestíos de amor, que es el vínculo perfecto. Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones, a la que asimismo fuisteis llamados en un solo cuerpo, y sed agradecidos.”*

La paz entre personas empieza con la paz en el corazón, que a su vez depende de varias cosas: recordar cuánto te ha perdonado Dios; fomentar un espíritu agradecido a Dios por lo que ha hecho en tu vida; practicar el perdón de Dios de manera activa, haciendo todo lo que sea posible para que reine el amor. También recordar que la paz entre personas es

algo que hemos de mantener a través múltiples gestos y formas de hablar: *“busca la paz, y síguela”* (Sal 34:14).

Siempre hay que resolver situaciones concretas con personas específicas. Pablo se dirige primero a dos mujeres, Evodia y Síntique, rogando que se reconcilien y luego pide que un hombre, *“Súzuge”* (*“compañero”* en la RV60) las ayude en ello. A veces un tercero puede intervenir de forma positiva, siempre que siga la actitud de Pablo: hay algo poderoso en ti, hay algo valioso en el otro. El tercero puede hablar bien del otro, corregir percepciones equivocadas o ayudar al agraviado a enfocar la situación de otra manera.

No sabemos en que consistía el desacuerdo entre estas dos hermanas. Por los comentarios que Pablo hace más adelante (Fil 4:10-20), es posible que tuviera que ver con la administración del dinero de las ofrendas.

La Biblia da pautas para arreglar las tensiones entre personas. Si hemos ofendido, hay que pedir perdón (Mt 5:23-24). Si nos ha ofendido el otro, hay que encomendar la causa al Señor, confiando que él hará justicia en su tiempo (1 P 2:23). Si el otro viene a nosotros y pide perdón, debemos concederle el perdón, hasta setenta veces siete (Lc 17:3-4). A veces toca una conversación a solas (Mt 18:15), a veces toca quitarle hierro al asunto pasando por alto la ofensa (Pr 19:11). En todos los casos, hay que renunciar a la venganza (Ro 12:17) y estar preparados para hacer el bien al enemigo si pasa por una auténtica necesidad (Ro 12:20). Nada de eso de *“al enemigo ni agua”*. Siempre toca ser realistas, conscientes de que no podemos obligar al otro a cambiar de actitud (Ro 12:18). Si cumplimos con nuestra parte, el Señor quedará satisfecho. Puede que tenga que pasar tiempo para que el ofensor se dé cuenta de su error y para que podamos valorar la sabiduría de Dios al haber permitido el daño sufrido (caso de José, Gn 50:20).

Echar la carga (Fil 4:6-7)

Se podría decir muchas cosas sobre la oración. Orar a Dios es la respuesta normal de un corazón regenerado. Si la persona del mundo dice, *“¿De qué nos aprovechará que oremos a él?”* (Job 21:15), el hijo de Dios se deleita en su Señor y quiere invocarle en todo tiempo (Job 27:10). Jesucristo abre la puerta de acceso a un Padre que conoce las necesidades de los suyos y se complace con que le pidan cosas (Mt 6:8) (Mt 7:11).

En este contexto, sin embargo, las palabras del apóstol Pablo responden al trasfondo de las discusiones en la iglesia de Filipos. Cuando dice *“por nada estéis afanosos”* alude a la angustia provocada por relaciones interpersonales bloqueadas por desacuerdos. *“No te angusties por lo que hace o dice esa persona”* quiere decir Pablo, *“por lo que opina sobre la marcha de la iglesia o sobre la conducta de una persona inmadura en la fe; sobre la mejor forma de aconsejar en un caso concreto, o la manera de ayudar a los pobres, sostener a los misioneros, u organizar las actividades de la congregación”*. Lo que surte un bálsamo a la vida comunitaria es que los hermanos practiquen una vida de oración vigorosa.

Salta a la vista las distintas palabras que describen la oración: petición, oración, ruego. Llama la atención la insistencia en dar gracias con cualquier tipo de petición. Pablo está repasando en su mente las distintas situaciones que pueden darse cuando un hermano provoca a otro. En cada caso, la respuesta empieza con llevarlo al Señor:

- Para quitar la viga de tu ojo antes de sacar la paja del ojo del otro, es decir, discernir donde he fallado yo antes de fijarme en el fallo del otro, (Mt 7:3-5).

- Para dar gracias por lo que el otro hermano tiene de bueno, por ser de Cristo. A veces su preocupación refleja el área de su don espiritual, y su insistencia en ello puede molestar si mis dones son otros.
- Para descubrir si es mejor hablar del tema o callar, confrontar o pasar por alto la cuestión; si está en juego el testimonio de la iglesia o no.
- Para discernir lo que puede haber detrás del comportamiento del otro (a veces hay circunstancias personales que habría que tener en cuenta).
- Para preguntar qué quiere hacer en mi vida el Señor, a través del carácter difícil de este hermano: si hay alguna lección que puedo aprender.
- Para pedir que nos dé la ocasión de hablar tranquilamente.
- Para ver si es un fallo de comunicación o si se trata de distintas maneras de enfocar la vida, y qué hacer al respecto.
- Para tener la gracia de dejarle un margen de confianza al otro, para que siga madurando en Cristo.

Para abordar todos estos aspectos hace falta un tiempo fijo cada día, cuando nos ponemos delante del Señor y le abrimos el corazón. En el tiempo devocional, permitimos que el Señor nos hable por medio de su Palabra y luego descargamos en él todas nuestras preocupaciones y necesidades. La vida con Dios es una relación viva con una persona real. Si con un amigo nunca hablamos, la amistad no puede crecer. Es así la amistad con el Dios del universo, por medio de Jesucristo.

Llevar así al Señor todos los aspectos de los temas personales tiene como resultado que su paz *“monta guardia”* en nuestros corazones (los sentimientos) y en nuestra mente (los pensamientos). Si como respuesta a la oración, Dios nos llena de su paz, esa paz vencerá la angustia y la ansiedad. Así fue el caso de Ana, atribulada por la rivalidad de Penina. Derramó su corazón al Señor y se llenó de la certeza de que Dios había oído su ruego (**1 S 1:18**). *“El día que clamé, me respondiste; me fortaleciste con vigor en mi alma”* (**Sal 138:3**).

Imitar al veterano (Fil 4:8-9)

Cuando Pablo insta a los creyentes a llenar la mente de cosas positivas (verdaderas, honestas, justas, puras, amables), no se refiere al poder del pensamiento positivo sin más, sino a dos cosas muy diferentes. Por un lado, se refiere a la renovación mental que es la asignatura pendiente de todo creyente: *“renovaos en el espíritu de vuestra mente”* (**Ef 4:23**), *“transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento”* (**Ro 12:2**). La meditación en la Palabra de Dios produce cambios en el corazón, y para ir avanzando en las cualidades de paz y mansedumbre resulta fundamental la siembra de la Palabra, para que germine el fruto del Espíritu. Llenar la mente de Cristo hace que Cristo habite en el corazón (**Ef 3:16-17**), y esto hará que haya paz entre los hermanos.

Pero Pablo también propone una aplicación para los casos difíciles como el de Evodia y Síntique. Es la determinación de optar por una manera de pensar generosa y benigna. Cristo llena tu corazón, te acuerdas de cuánto te ha perdonado a ti, y decides dar un margen de confianza al otro, diciendo “a lo mejor está pasando un mal día”. Tienes paciencia cuando sabes que puede estar luchando con temas personales difíciles, que las circunstancias pueden tenerle bloqueado. No excusan el pecado pero sí son atenuantes en cuanto a sus reacciones de cada día. Es la decisión de recordar cuánto ha servido esta

persona en el pasado, y aunque en este momento no se porte como debe, decides dar más importancia a sus virtudes que a sus defectos.

En una palabra, Pablo quiere animar a los hermanos a ser lentos para la ira (**Stg 1:19-20**). En vez de pedir que caiga un rayo y fulmine a los adversarios, como hicieron Juan y Jacobo una vez cuando viajaban con Jesús (**Lc 9:51-56**), Pablo trata de ser *“no contencioso sino amable para con todos, apto para enseñar, sufrido, con mansedumbre corrigiendo a los que se oponen, por si quizá Dios les conceda que se arrepientan para conocer la verdad, y escapen del lazo del diablo, en que están cautivos a voluntad de él”* (**2 Ti 2:24-26**).

Cuando Pablo les recuerda su propio ejemplo y todo lo que han oído y visto en él, todo lo que han aprendido durante tiempos de enseñanza formal y lo que han recibido en conversaciones informales, es para recordarles que él también ha tratado con personas difíciles. Ha habido adversarios directos que se han opuesto al evangelio. Ha habido rivales egoístas que han surgido entre las filas de las iglesias. Ha habido maestros del error que han intentado tirar abajo toda su enseñanza en las congregaciones. Algunos le han acusado falsamente: de ser un recién llegado, de haberse nombrado apóstol él solito, de no ser apóstol porque no cobra por sus servicios, o de buscar ofrendas de los creyentes para vivir bien. Pablo es un siervo curtido en muchas lides y ha sabido dar ejemplo - con la ayuda del Señor - de cualidades que espera ver reproducidas en los filipenses: *“antes bien, nos recomendamos en todo como ministros de Dios, en mucha paciencia, en tribulaciones, en necesidades, en angustias... en pureza, en ciencia, en longanimidad, en bondad, en el Espíritu Santo, en amor sincero...”* (**2 Co 6:4-6**).

Sobre todo, el apóstol es capaz de dejar a las personas en las manos del Señor. Antes de mandar, prefiere rogar. Respecto a los inmaduros dice *“si otra cosa sentís, esto también os lo revelará Dios”* (**Fil 3:15**). Si le han abandonado en el momento de la prueba, dice *“no les sea tomado en cuenta”* (**2 Ti 4:16**). Si le han hecho daño y podrían infligir un daño a otros, Pablo renuncia a la venganza pero lanza la advertencia: *“Alejandro el calderero me ha causado muchos males; el Señor le pague confirme a sus hechos. Guárdate tú también de él, pues en gran manera se ha opuesto a nuestras palabras”* (**2 Ti 4:15-16**).

Abrir la mano (Fil 4:10-20)

Las cosas materiales pueden ser la manzana de la discordia. Los creyentes de la iglesia de Corinto ponen demandas los unos contra los otros (**1 Co 6:1-4**). En la iglesia de Jerusalén surgen murmuraciones por el reparto de la comida a las viudas (**Hch 6:1**). En el campo misionero, la pérdida de ganancias económicas provoca el conflicto: los amos de la pitonisa en Filipos y los artesanos de Éfeso se sublevan contra el apóstol porque el mensaje de Cristo les hace perder dinero (**Hch 16:19**) (**Hch 19:23-26**). Hay un caso dramático en el Antiguo Testamento durante el sitio de la ciudad de Samaria, cuando el hambre hace que dos mujeres acuerden matar y comer a sus hijos, pero la segunda esconde al suyo y no lo mata. Brota una pelea, y las dos mujeres acuden al rey para exigir una resolución (**2 R 6:26-30**). Las cosas materiales pueden ser como el hueso que provoca una pelea entre dos perros callejeros. Un hombre se acerca a Jesús una vez pidiendo que obligue a su hermano a partir la herencia con él (**Lc 12:13**). Jesús aprovecha la ocasión para advertirle que el mayor problema es la avaricia que a veces se instala en nuestros corazones. Ya figuraba el *“no codiciarás”* en los Diez Mandamientos. Acto seguido, Jesús cuenta la parábola del rico insensato para plantear la perspectiva adecuada sobre las cosas (**Lc 12:16-21**). Es lo que hace el apóstol Pablo en la última porción de Filipenses. Por un lado, quiere agradecerles la ofrenda que han enviado por mano de Epafrodito, pero por otro transmitirles una enseñanza doble. No sabemos si las

tensiones en la iglesia de Filipos habían surgido por algún tema relacionado con el dinero, pero el esmero con que Pablo escoge sus palabras hace pensar que podría ser el caso.

El materialismo (amor por las cosas) y el consumismo (afán de comprar) son dos caras de una misma moneda. Lo que tiene otra persona puede despertar un deseo de tener lo mismo o más: un móvil de última generación, una tableta con mayores prestaciones, una ropa de la última tendencia, un dinero en el bolsillo para salir de fiesta. Los adultos buscan un coche mejor, un apartamento en la playa, un viaje exótico, un televisor enorme. Los más exagerados compran caballos purasangre. El que ama las cosas se hunde si no las consigue, o arde en el esfuerzo por obtenerlas. Por eso Jesucristo vuelve repetidamente al tema de las riquezas: *“No os afanéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos? ... Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas” (Mt 6:31-33)*. El apóstol Pablo sigue una línea parecida aquí.

El contentamiento. Pablo abre su corazón y comparte la alegría que sintió cuando Epafrodito le entregó la ofrenda de los filipenses. Fue como agua de mayo. Tenía gran necesidad y ellos la han cubierto con su ayuda. Sin embargo, el apóstol insiste en que ha aprendido a contentarse cualquiera que sea su situación, teniendo mucho o teniendo poco. Es más: Jesucristo le da fuerzas para adaptarse a cualquier situación económica: *“Todo lo puedo en Cristo que me fortalece” (Fil 4:13)*. No expone su caso de forma gratuita sino su intención es que ellos aprendan de su ejemplo y practiquen lo mismo.

El contentamiento es algo que se aprende: *“he aprendido... en todo y por todo estoy enseñado”*. Se atribuye a Francisco de Asís la frase, “Necesito poco y lo poco que necesito, lo necesito poco”. El Espíritu de Dios, cuando derrama amor en el corazón de una persona, despierta una tendencia nueva, la de anteponer las personas a las cosas. Esto tiene que crecer, y el espíritu de Aquel que murió sin más que la túnica que vestía nos puede enseñar a cultivar una sana indiferencia hacia las cosas. El espíritu de Jesús taponan nuestros oídos al canto de sirena del medio consumista que nos rodea.

La provisión del Señor llega normalmente a través del trabajo: *“Sale el hombre a su labor, y a su labranza hasta la tarde” (Sal 104:23)*. Por eso Pablo había trabajado haciendo tiendas de campaña muchas veces en sus viajes misioneros. Por eso manda a los tesalonicenses: *“Si alguno no quiere trabajar, tampoco coma” (1 Ts 3:10)*. Estando en la cárcel, sin embargo, no le cabía la posibilidad de trabajar. Dios, que conoce perfectamente nuestras necesidades, suplió por otro conducto: la ofrenda de los filipenses.

El compartimiento. Pablo recuerda que los filipenses, desde el comienzo de la obra en su ciudad, habían sido generosos. Una y otra vez le habían mandado donativos para apoyar su ministerio. El desapego a las cosas materiales era sus señas de identidad, y su participación en la ofrenda para los hermanos de Jerusalén había sido sustanciosa, a pesar de su pobreza. Lo suyo no era un “echar la ofrenda” sino una identificación activa en el servicio a los santos (2 Co 8:1-5). Querían hacer lo que había indicado Jesús, guardando tesoros en el cielo (Mt 6:20). Pablo les anima a retomar ese espíritu del principio.

La generosidad se plantea a veces como una ayuda al necesitado, como una limosna (Mt 6:3). Tiene que ser un ejercicio sabio, como administración de los bienes que el Señor nos ha dejado prestados. *“El que da al rico, ciertamente se empobrecerá” (Pr 22:16)*. Hay que asegurar que la necesidad es real, y que no se debe a la irresponsabilidad del que sufre, porque *“la mano negligente empobrece” (Pr 10:4)*. Con esta discreción en mente, la instrucción bíblica es que *“según tengamos oportunidad, hagamos bien a todos, y mayormente a los de la familia de la fe” (Ga 6:10)*.

Otras veces la generosidad se concibe como un apoyo al ministerio, para que el evangelio sea predicado y los santos edificados. Participar en el servicio de un evangelista o un pastor es *“ganar amigos”* para la eternidad (**Lc 16:9**). Cuando se ve claramente un llamamiento del Señor para su servicio, siendo *“pescador de almas”*, los hermanos estamos llamados a *“encaminarle con solicitud, de modo que nada les falte”* (**Tit 3:13**).

La persona que invierte en la eternidad, ayudando al necesitado y apoyando el ministerio, es la persona que verá suplidas sus propias necesidades. Dios promete encomendar más al discípulo que administra sus bienes con fidelidad. Por eso, Pablo les recuerda la promesa: *“Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús”* (**Fil 4:19**).